

Egidio Viganó, S.D.B.
Profesor de la Facultad de S. Teología
Universidad Católica de Chile

MAS ALLA DEL MATRIMONIO

“...oyendo hablar a mi prima, recién casada, de los detalles de cariño que prodigaba a su marido, sentí un sobresalto: que no se diga, pensé, que una mujer del mundo hace más por su esposo, simple mortal, que yo por mi amado Jesús”.

(Therèse de Jesús)

Un buen teólogo, el P. Camelot O.P., ha escrito: “existe una espiritualidad de la Virginidad y, sin que parezca paradójica, casi se podría decir que es la única que existe”.

Es necesario, para quien desee formular una teología del Matrimonio, adentrarse en el misterio de la Virginidad cristiana, que ilumina tan poderosamente la espiritualidad familiar, como para hacer constatar la verdad de la afirmación de Camelot. Y la contemplación del misterio de la Virginidad lo llevará a aceptar otra afirmación aparentemente contraria a la de Camelot, pero coincidente con ella: existe una espiritualidad nupcial, y, sin que parezca paradójica, casi se podría decir que es la única que existe. Vamos a presentar, pues, algunas reflexiones al respecto, inspiradas en la Teología.

MATRIMONIO Y VIRGINIDAD

El hombre está hecho para el amor. Amar, vivir en la amistad, es su anhelo. Sólo quien es “amigo” desarrolla plenamente su personalidad y su socialidad. S. Francisco de Sales, en su “Tratado del amor de Dios”, ha escrito: “el hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la perfección del espíritu; la caridad es la perfección del amor”. En la caridad infusa está, pues, la perfección del hombre. Esta virtud sobrenatural no suprime ningún auténtico amor humano, sino que se interioriza en él para elevarlo a las alturas de la deidad. Dios no es rival de ninguna verdadera amistad humana, sino su defensor y el propulsor de su más honda verdad: el misterio de la encarnación divina implica la deificación de lo humano. Para lograr la plenitud de la caridad infusa existen en el Cristianismo dos caminos diferentes: el estado conyugal y el estado virginal.

El Matrimonio y el Celibato no son la caridad, sino caminos por los cuales ella pasa recogiendo el amor para la eternidad.

La caridad puede alcanzar las más altas cumbres tanto en el Matrimonio como en el Celibato. Cada hombre para ser perfecto, necesita informar su amor y sus amistades con la caridad; para ello puede elegir uno de los dos caminos: ambos llevan al cielo pasando por el Calvario.

Tanto el Matrimonio como la Virginidad *tienen una esencia distinta del amor*:

uno es un contrato indisoluble; la otra es un propósito firme: ese contrato y ese propósito deberían ser siempre "medios" al servicio del amor.

La esencia del *Matrimonio consiste formalmente* en un contrato mediante el cual un varón y una mujer hábiles expresan legítimamente su consentimiento, dando y aceptando mutuamente el derecho perpetuo y exclusivo sobre sus cuerpos en orden a los actos que, de suyo, son aptos para engendrar prole (cfr. J.C. c. 1081).

En cambio, la *Virginidad cristiana* (que es la única que nos interesa aquí) *consiste formalmente* en el propósito firme de perseverar en la abstención de los placeres de la carne, aunque sean buenos y lícitos, a fin de consagrarse a las cosas del reino de Dios (cfr. S.Th. II-II, q. 152, a. 3).

En el origen y en el desarrollo de la vida conyugal y de la vida virginal el verdadero secreto del éxito y de la felicidad es sólo el amor, pero el amor no es la esencia formal ni del Matrimonio ni del Celibato.

UN PELIGRO

Obligado a reflexionar sobre la funcionalidad del Matrimonio y de la Virginidad para la consecución del fin último, el pensador cristiano se halla en un peligro: dejarse llevar a *valorar uno de los dos estados en desmedro del otro*, como si entre ambos hubiera una antítesis insalvable.

Antiguamente la parte peor se la llevaba el Matrimonio, con despiadados ataques de parte de Encratistas, Montanistas, Maniqueos y Albigenses. Hoy, en cambio, es posible otra actitud, la cual, si no desprecia la Virginidad, la obnubila o la olvida.

Es hermosa característica de nuestra época cristiana la de percibir mejor los valores espirituales del Matrimonio (1). Sin duda es fruto del interés siempre más penetrante que los seculares están sintiendo de sus funciones en la vida del Cuerpo Místico de Cristo. Por lo demás, la psicología moderna ha ido descubriendo, cada vez mejor, la mutua complementación entre varón y mujer, en el orden psicológico, afectivo, intelectual y espiritual. Esto ha llevado a comprender más hondamente el valor perfecto que involucra el estado conyugal; pero ha dado pie también para valorar el Matrimonio de una manera, a veces, desviada, posponiendo la primacía de la Virginidad cristiana.

Los adelantos de la psicología moderna debieran llevar también a captar con mayor hondura *quién es propiamente Dios para el corazón de un creyente*. Por eso Pío XII, más de una vez, ha fustigado con palabras severas la exageración indicada (2).

(1) J. Leclercq se ha atrevido a afirmar recientemente que "la plena toma de conciencia del carácter sacramental del matrimonio es, sin duda, una de las adquisiciones de la Iglesia del siglo XX". "El Matrimonio Cristiano" - pág. 9.

(2) En el discurso al Congreso Internacional de Superiores Religiosas Generales del 15 de septiembre de 1952 (A.A.S. 44, 1952, pp. 823 ss.) Pío XII dijo: "Quisiéramos dirigirnos a aquellos sacerdotes o seculares, predicadores, oradores o escritores, que no tienen ni una palabra de aprobación o de alabanza para la virginidad consagrada a Cristo; a aquellos que desde años, y a pesar de las advertencias de la Iglesia y en contra de su pensamiento conceden al matrimonio una preferencia de principio sobre

Preguntémosnos con franqueza: ¿sería auténtica y provechosa una valoración del Matrimonio que implicara algún desconocimiento de la Virginitad cristiana?

La fe, la reflexión y la historia nos aseguran que *el Matrimonio y la Virginitad cristiana se iluminan y se benefician mutuamente*: los casados cristianos aleccionan "simbólicamente" a los vírgenes acerca de la riqueza indisoluble de su amistad con Dios; los vírgenes cristianos enseñan "proféticamente" a los casados la meta eterna de su amor. Donde triunfa el Matrimonio cristiano florece la Virginitad y donde hay Virginitad se trabaja para la cristianización del Matrimonio.

No es posible una valoración ortodoxa de la espiritualidad matrimonial sin una percepción clara de la espiritualidad de la Virginitad. Se debe ensalzar el Matrimonio ensalzando aún más la Virginitad porque es objetivamente así, porque la primacía de la Virginitad es verdad revelada, porque es irracional querer aquilatar un valor dando la espalda y opacando el valor superior que lo ilumina.

Si el Matrimonio hace la Humanidad, la Virginitad cristiana la salva; si el Matrimonio es tarea del devenir temporal, la Virginitad es ocupación de la vida eterna; si el Matrimonio sirve y engrandece a la naturaleza, la Virginitad sirve y engrandece a las personas. Pero historia y salvación, tiempo y eternidad, naturaleza y persona, no se oponen ni se excluyen, sino que se complementan, y su plena armonía brilla en la síntesis sublime del misterio cristiano.

El Matrimonio cristiano está orientado hacia la Virginitad cristiana; a ella mira como hacia una meta; él mismo no es la meta: todo casado debe tender siempre a superar su estado matrimonial (I Cor. 7,5; 29-30); en cada cónyuge debe realizarse un enlace superior con Cristo, inaugurado en el Bautismo y que será completado en la resurrección.

El fin de la vida para todo creyente, casado o célibe, es el enlace de amor con Dios en Cristo para construir la eterna unidad que se sublima mucho más allá del Matrimonio, "para que sean uno como Nosotros" (Jn. 17, 11; cfr. 21-23).

SUPERIORIDAD DE LA VIRGINIDAD CRISTIANA

¿Cuál de los dos estados sirve más para amar, el Matrimonio o la Virginitad?

Ante todo cabe observar que la Iglesia necesita de todas las vocaciones y de todas las personas, cualquiera sea su estado, para asentarse en la caridad.

Subjetivamente el mejor de los dos estados es el que corresponde propiamente a la vocación personal: "cada cual tiene de Dios su propio don: quien de una ma-

la virginitad; a aquellos que incluso llegan a presentar el matrimonio como el solo medio capaz de asegurar a la personalidad humana su desarrollo y su perfección natural; los que hablan y escriben así sean conscientes de su responsabilidad delante de Dios y de su Iglesia. Es preciso incluirles en el número de los principales culpables de un hecho del cual Nos no podemos hablar sino con suma tristeza" (la crisis de las vocaciones).

Cfr. también la Encíclica "Sacra Virginitas", A.A.S., 46, 1954, pp. 161 ss.

nera, quien de otra" (I Cor. 7, 7); para no pocos "es mejor casarse que abrasarse" (I Cor. 7, 9) (3).

Objetivamente, en nuestro estado de naturaleza caída (4), el mejor de los dos caminos, el más seguro y el que posibilita más fácilmente la perfección del amor, es la Virginidad cristiana.

Después de la encarnación del Verbo hay en la tierra una organización de la caridad que es la Iglesia. Pues bien, sirve mejor a la Iglesia la Virginidad que el Matrimonio: *a la Iglesia no se entra por la naturaleza, sino por la persona*; la incorporación al Cuerpo Místico no se realiza por la generación de la carne sino por el sacramento de la fe. Si en el Ant. Testamento el Matrimonio era la puerta para entrar al pueblo escogido, si las promesas a Abraham y a David se relacionaban con su descendencia carnal, no es ya así en el Nuevo Testamento: todo es por el espíritu, aun el mismo triunfo de la carne; la descendencia carnal ha tenido su cumbre en Cristo. La Revelación divina nos proclama explícitamente la superioridad de la Virginidad cristiana. Por de pronto, nos asegura que *el acto más grande de amor*, la mejor demostración de amistad, no es una complementación de tipo sexual, sino el sacrificio de sí; Cristo mismo nos asegura, con su palabra y con su ejemplo, que el tálamo más sublime de la amistad es la cruz: "mayor amor que éste nadie le tiene: que dar uno la vida por sus amigos" (Jn. 15, 13). Expresa, además, el claro pensamiento de Cristo que da la primacía a la Virginidad, presentada como una elección voluntaria por motivos y gracias superiores a fin de construir el reino de los cielos: "hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales *por razones del reino de los cielos* . . . No todos son capaces de comprender esta palabra, sino aquellos a quienes ha sido dado" (Mt. 19, 11-12).

S. Pablo, en el cap. 7 de su primera epístola a los Corintios, enseña "la superioridad de la castidad perfecta como estado y como conducta frente al estado matrimonial y a su uso: el Apóstol vuelve gustoso y a menudo sobre el tema de la castidad perfecta, trayendo su propio ejemplo (cfr. también I Cor. 9, 5), buscando argumentos para persuadir el celibato y la virginidad (8-9; 25-35; 39-40) y hasta recomendando, por lo menos temporáneamente y con toda la precaución posible, la continencia perfecta a los mismos cónyuges (2-7)".

Sin duda el Matrimonio es signo sacramental de la unión de Cristo con la

(3) Es conveniente evitar un peligro acerca de la interpretación de este texto paulino. Alguien pudiera pensar en el Matrimonio como en el único remedio contra la concupiscencia, casi insinuando, además, que la vida conyugal no exigiera una castidad austera y, a veces, heroica. Sto. Tomás en Supl. 42,3, ad 3, respondiendo a la objeción de que la concupiscencia se puede vencer sólo con la gracia matrimonial, escribe: "el argumento alegado probaría en el caso de que no pudiera aplicarse otro remedio *más eficaz* contra la enfermedad de la concupiscencia. Pero quienes se abstienen del matrimonio emplean un remedio *mejor*, como son las prácticas espirituales y la mortificación de la carne".

NB.: es útil para la dirección de los casados la lectura atenta de la Suma Teológica, Supl. 49, 5, c. y ad 2; y a. 6.

(4) La Teología no es primeramente una ciencia de esencias abstractas sino de lo existencial: es la ciencia de la historia de la salvación. Sus afirmaciones se apoyan en un hecho concreto: la Revelación realizada, conservada y dilucidada a lo largo de los siglos. Por eso nuestras reflexiones no se refieren sino al Matrimonio y a la Virginidad en la economía existencial de la naturaleza humana caída y reparada.

Iglesia; y esto es una grandeza inmensa. Pero todo signo implica alguna distancia con lo que simboliza: *todo signo es una realidad intermediaria* entre sujeto y objeto. En el Matrimonio el cónyuge es signo y camino a Dios, pero es un intermediario y tiene el doloroso privilegio de poder dificultar el viaje, además de que, como intermediario, necesita continuamente ser superado. La Virginitad cristiana, en cambio, realiza *sin intermediario* la unión con Dios; va derechamente al objeto, no es signo de la unión, sino que es la unión misma, aunque en una forma incoativa y oscura, propia del "status viae", que necesita especiales apoyos en el amor.

Podríamos sintetizar el sentir de la Revelación acerca de la primacía de la Virginitad, en esta definición de la Iglesia en el Concilio Ecuménico de Trento: "si alguno dijere que el estado conyugal debe anteponerse al estado de virginitad o del celibato, y que no es mejor y más perfecto permanecer en virginitad o celibato que unirse en matrimonio, sea anatema" (D. 980).

Eso sí, es necesario subrayar muy bien que lo que hace superior la Virginitad cristiana al Matrimonio no es la abstención del comercio carnal, del placer venéreo y de los afectos ordenados a ello, sino el fin que pretende conseguir y la facilitación que proporciona para su consecución. (cfr. S. Th. II-II, q. 152, a. 2, ad 2). Como decía S. Agustín: "lo que alabamos en las vírgenes, no es el ser célibes, sino el estar consagradas a Dios por una continencia religiosa".

Se pueden dar celibatos egoístas, ciertamente inferiores al Matrimonio; y se pueden dar célibes cristianos menos perfectos que algunos casados: sirve más a la perfección del amor una robusta castidad conyugal más dispuesta a conservar la continencia, que una débil castidad virginal expuesta a compensaciones alejadas de la caridad: "el mérito, dice Sto. Tomás, no se mide tanto por el género del acto, como por la disposición del ánimo de quien obra" (S. Th. II-II, q. 152, a. 4, ad 1; cfr. ad 2).

El verdadero motivo de la superioridad de la Virginitad cristiana es su fin. Por eso los celibatos sin voto religioso, entregados a un ideal humano de asistencia social, de ciencia, de política, etc., iluminados por la caridad infusa, tan sólo pueden superar al Matrimonio cristiano en la medida en que cooperan más al bien de la comunidad humana (5).

(5) Para evitar exageraciones poco teológicas, vamos a recordar la valoración que de la Virginitad cristiana hace Sto. Tomás con un agudo análisis de formalidades. En la S. Th. II-II, q. 152, a. 5, presenta esta triple graduación jerárquica:

- A) en el orden de la castidad:
 - 1.º la castidad virginal; 2.º la castidad viudal; 3.º la castidad conyugal; en vista de la mayor perfección del objeto formal.
- B) en el orden de todas las virtudes:
 - 1.º las virtudes teologales; 2.º la virtud de religión; 3.º la virtud de la virginitad; porque una virtud es tanto más perfecta cuanto nos une más íntimamente a Dios.
- C) en el orden de la consagración definitiva de la vida a Dios:
 - 1.º el martirio; 2.º el estado religioso; 3.º el estado de virginitad; en efecto, "se entregan con mayor vehemencia a la consagración a Dios los mártires, que dan su vida, y los hombres o mujeres que sepultan su vida en los claustros de un monasterio, renunciando por Dios a su propia voluntad y a todo lo que pueden poseer, que no aquellas vírgenes que, por las cosas divinas, renuncian de suyo simplemente a los placeres venéreos".

AMOR VIRGINAL

El hombre tiende al fin por el amor. A una superioridad de fin debe corresponder una superioridad de amor. El auténtico célibe cristiano ama más que un óptimo cónyuge. El virgen no es un "solterón" que vive de compensaciones en una amargura disfrazada: es el mejor especialista del amor cristiano, es quien en la tierra más entiende de amor. Su alma sabe qué quiere decir encontrar a Otro, sentirse amado y abandonarse en El, buscar para El todos los bienes; sabe qué es unión indisoluble, qué es don total de sí, qué significa compromiso eterno; lo sabe porque ha encontrado en la más grande amistad que pueda darse, la del alma con Dios, la manera de contraer un "*supermatrimonio*" *espiritual*, un enlace de unidad mística.

"Lo propio de un grande amor humano, escribe Perrin, es vivir en el amado, hasta el punto de recrearse en él, de llegar a preguntarse cómo se podría existir antes de haberlo encontrado". Pues precisamente así es el amor del corazón virgen para con su Amado; nunca se siente solo porque vive continuamente en Dios. Escuchemos con qué entusiasmo lo afirma S. Agustín: "la alegría de las vírgenes de Cristo es Cristo, está en Cristo, con Cristo, junto a Cristo, por Cristo, para Cristo" (6).

La Virginitad cristiana no es signo de soledad o de esterilidad; es por excelencia, la expresión del amor, la expresión de la restauración del más grande amor: *las nupcias del alma con Dios*; y de la más grande fecundidad: "el alma virgen concibe al Verbo y lo entrega al mundo" (como dice Camelot, al resumir el pensamiento de S. Gregorio de Niza).

"Así se comprende, escribe el Card. Suhard en su pastoral de "El sentido del sacerdote", cómo la castidad libremente aceptada, *lejos de oponerse violentamente al matrimonio como a un adversario, puede ser concebida como su prolongación mística*. Más allá de los desposorios humanos... se halla la unión suprema de los desposorios divinos. Que esta unión misteriosa del alma con Jesucristo esté estrechamente emparentada con los matrimonios de la tierra, se desprende del principio de que ella es, como el matrimonio cristiano, aunque de un modo más próximo y luminoso, *reflejo de la unión de Cristo y de la Iglesia*, a la que S. Pablo compara la unión cristiana del hombre y de la mujer: este misterio es grande".

Pero la caridad no es sólo amor de Dios, es también amor del prójimo, o sea, auténtica amistad humana. Un celibato integérrimo en cuanto a la castidad, pero falto de caridad hacia el prójimo y motivado por alguna razón de egoísmo (independencia, tranquilidad, carencia de responsabilidad, desprecio, etc.), sería evidentemente reprochable por no ser virtuoso. En la Virginitad cristiana debe tener el primerísimo lugar la caridad, la cual no destruye la naturaleza humana en su socialidad y en su rica afectividad, sino que la eleva.

Si la caridad se adapta perfectamente a la amistad matrimonial, con mayor abundancia de perfección sabe adaptarse a las amistades virginales.

A veces se ha acusado al Celibato cristiano de ausencia de sensibilidad y afectividad, de inhabilitación para la amistad, de cierta enajenación de la auténtica

(6) "De Virginitate", ML. 40, 411.

psicología humana. Sin duda podrá haber célibes enajenados o groseros e insensibles (lo cual sucede, por lo demás, también entre casados); sin duda alguien podrá impartir una formación a la Virginitad que adolezca de defectos aún graves; pero de ello no se sigue que tales desviaciones sean producto de la Virginitad en cuanto tal. Es erróneo concebir al virgen cristiano como a un acomplejado (sobre todo en el trato con el otro sexo). Un corazón virgen no debe ser un corazón asustado, enajenado, insensible o duro; muy al contrario: la alegría, el realismo, la sensibilidad y la afectividad de un corazón virgen son, de suyo, más delicadas y más profundas que las de un corazón casado, porque "ha recibido tanto amor que no le resulta difícil prodigarlo" (Lacordaire). Así la Virginitad cristiana lleva a hondas amistades humanas. La hagiografía de todos los siglos lo atestigua con abundancia. *El corazón virginal se da con generosidad en la amistad*; se da desinteresadamente; se da con fervor, con entusiasmo, hasta no excluye la sensibilidad; *pero ama sin apego y se deja amar sin afecto de propiedad*; el corazón virginal es auténtico y total propiedad de Dios y nunca, en sus amores, permite que peligren los sagrados derechos del Esposo. Su amor es profundo, delicado, sensible y sacrificado como el amor paternal y maternal; está arraigado en lo más hondo de su afectividad humana, excluye todo egoísmo y se traduce en oblatividad perfecta.

¿Qué himno más hermoso a la afectividad humana, desde la delicadeza de la más pura sensibilidad hasta el heroísmo del más abnegado sacrificio, se ha escrito en las páginas de la historia, que supere el amor de amistad de los vírgenes y de las vírgenes de la Iglesia de Cristo?

CARNE Y ESPIRITU

La Virginitad cristiana suele ser llamada virtud "angelical", porque embellece y espiritualiza magníficamente al hombre. El calificativo es tradicional y, de suyo, muy expresivo; sin embargo no debemos dejarnos desviar e interpretarlo con algún latente platonismo de enemistad entre espíritu y carne, como a veces lo ha hecho cierta ascética de la castidad. El "angelismo" es una peligrosa enajenación de la realidad humana.

La Virginitad no es, en sentido estricto, una virtud de ángeles, sino una virtud "cristiana" ¡lo cual es mucho más! En el Cristianismo el misterio central de su existencia es la "encarnación": tal misterio no es enemistad y desprecio de la carne, sino su divinización; no tiende a suprimir el cuerpo, sino a suprimir el pecado. El cuerpo no es sólo materia que oprime, no es la cárcel platónica del alma, sino una parte sustancial de la naturaleza humana. No basta el alma sola para constituir al hombre; el cuerpo le es necesario como instrumento de conocimiento, de amor y de actividad.

En el Cristianismo no hay propiamente enemistad entre espíritu y carne, entre alma y cuerpo, sino lucha denodada entre el "hombre viejo" y el "hombre nuevo", entre el pecador (su espíritu y su carne) y el hijo de Dios (su espíritu y su carne). En Cristo no hay desprecio ninguno de lo carnal y, en particular, de lo sexual, sino su carne y su sexo están al servicio más perfecto del espíritu; todo lo carnal, todo lo sexual, está en El al servicio del amor de caridad. Quizás no sea irreverencia citar aquí una expresión admirable de Nietzsche: en la vida terrenal de Cristo contemplamos "un grande amor en el que el alma envuelve al cuerpo".

La ciencia moderna ha ido determinando con siempre mayor profundidad las vinculaciones mutuas que hay entre espíritu y carne en la unidad sustancial de la naturaleza humana: todo el cuerpo y, en particular, su diferenciación sexual, es delicadísimo instrumento del espíritu y del amor. Como escribe el doctor Carrel: "las glándulas sexuales no impelen sólo al gesto que perpetúa la especie; intensifican también nuestras actividades fisiológicas, mentales y espirituales. Entre los eunucos, no ha habido nunca grandes filósofos, grandes sabios o grandes criminales...

Los grandes poetas, los artistas de genio, los santos, lo mismo que los conquistadores, son, por lo general, fuertemente sexuales... En realidad, todo el cuerpo entero parece ser el sustrato de las energías mentales y espirituales... *El hombre piensa, ama, sufre, admira y ora a la vez con su cerebro y con todos sus órganos*" (7).

La Virginidad no es algo reservado a individuos incompletos y débiles, y tampoco mengua o empobrece la integridad humana del individuo que la vive; muy al contrario. La Virginidad cristiana está al servicio de la caridad, y la caridad, con todo el amor y la afectividad humana, utiliza en sus manifestaciones, aún las más sublimes, el sustrato fisiológico del compuesto humano, sin el cual no se daría ese ardor peculiar y esa potencia que se descubre en la vida de los grandes vírgenes de Cristo.

En la historia humana el hombre más hombre es un virgen: Jesucristo; y la mujer más mujer es una virgen: María. En la Iglesia el papel que desempeñan las mujeres vírgenes es delicadamente femenino y maternal; mientras que la función desempeñada por los hombres vírgenes es eminentemente varonil y paternal (8). La Virginidad es el estado de vida cristiana donde se puede desarrollar al máximo la varonilidad y paternidad del hombre y la feminidad y maternidad de la mujer. En ella no hay empobrecimiento sino enriquecimiento del ser humano, porque se puede conseguir el máximo de personalidad y el máximo de socialidad. Es más útil al bien personal y al bien común de los hombres la auténtica virginidad cristiana que cualquier otro estado de vida. Cabe, quizás, recordar que *el cuerpo humano* no es sólo una determinada cantidad de materia bien organizada y hermosa, sino *el receptáculo donde el espíritu (y el mismo Dios) se injerta en la historia.* Pues bien; la organización de la naturaleza, la corporeidad se ve marcada con múltiples diferenciaciones de graduación, donde el mejor cuerpo no es el que tiene mayor cantidad ni mejor estética sino el que sirve a un principio superior: el cristal, el árbol, el gusano, el pájaro, el hombre, he aquí una escala (casi diríamos) de lenta espiritualización de la materia; cada vez la corporeidad está puesta al servicio de una nueva forma de mayor agilidad. Así podríamos decir que el cuerpo más cuerpo (si se nos per-

(7) "L'homme, cet inconnu" pp. 103 y 167-169.

(8) Se puede describir el enlace de las vírgenes con Dios como un desposorio con Cristo; y el de los vírgenes como un desposorio con la Iglesia. En el rito de profesión de las vírgenes según la regla de S. Benito el prelado dice colocando el anillo en el dedo anular de la mano derecha: "te desposo con Jesucristo, Hijo del eterno Padre, que te guarde ilesa. Recibe pues el anillo de la fe, señal del Espíritu Santo, para que seas llamada esposa de Dios". En cambio, en la consagración del Obispo (expresión máxima de la virginidad varonil) le es entregado el anillo de la fidelidad que simboliza un enlace con la Iglesia: "recibe el anillo, señal de la fe, a fin de que a la esposa de Dios, es decir la Santa Iglesia, adornado con una fe pura, custodies intacta", y la diócesis vacante es llamada "Ecclesia viduata".

mitiera la expresión) no es el de un paquidermo, sino el del hombre. Y puesto que el hombre más hombre es Jesucristo, su cuerpo de virgen es el mejor cuerpo, por ser el receptáculo y el instrumento del mayor espíritu.

Si el ojo es más ojo cuando está vivificado por el alma racional (aunque materialmente pudiera ser idéntico el ojo de un animal y el ojo del hombre) y si la mirada de un hombre inteligente y afectivo es más penetrante y es más mirada que la de un hombre torpe, del mismo modo podemos afirmar que es más cuerpo el de un asceta, que el cuerpo de un atleta, que es mejor cuerpo el cuerpo de un virgen, usado exclusivamente para el amor de caridad, que el cuerpo usado en el amor físico para la fecundidad carnal.

El valor de la carne se mide por su servicio al espíritu. Pues bien, en ningún estado de vida la carne sirve mejor al espíritu que en la Virginitad a causa del reino de los cielos.

CLAMOR PROFETICO

Hay más. La Virginitad cristiana es una *profecía permanente de la resurrección de la carne*. En el Cristianismo todo es participación del misterio de Cristo: el martirio participa del misterio de su muerte, la ascésis participa del misterio de su lucha contra las potencias del mal, y la Virginitad es participación en el misterio de su resurrección, es profecía viviente del supremo triunfo de Cristo. Las legiones de vírgenes son, en la Iglesia, *un clamor profético que testimonia en los siglos que la Humanidad ha vuelto finalmente a encontrar el camino del paraíso perdido*.

La Virginitad es, sin duda, también martirio y ascésis, pero su aspecto distintivo y más preclaro es el de profetizar la vida de caridad perfecta en la resurrección: los vírgenes son los hijos de la resurrección (Lc. 20, 34-36). La gran meta de la historia de la salvación humana es el misterio pascual de Cristo; el Cristianismo es la construcción paulatina de este misterio para toda la Humanidad; y este misterio, iniciado con el compromiso bautismal, no se detiene en la santificación de los valores espirituales sino que llega hasta el mismo cuerpo para "espiritualizarlo" en la resurrección: el Bautismo quiere ser un despojamiento de nuestro cuerpo de carne (Col. 2, 11; Rom. 6, 6) para revestirnos del Cristo glorioso. Podemos decir que, del pensamiento de S. Pablo, se desprende (I Cor. 7, 32-34) que la coherencia "total" y la fidelidad "integral" con Cristo, jurada en el Bautismo, tiene su sello perfecto y seguro, aquí en la tierra, en la castidad plena. La Gracia bautismal hace sobrepasar todo vínculo carnal por fuerte que sea (de aquí el "privilegio paulino", donde vemos que la unión con Cristo prevalece sobre el vínculo conyugal simplemente humano) (9); la Gracia bautismal inicia la vida futura haciendo preocuparse de la parusía del Señor; y la preparación de la parusía no deja a las realidades terrenales sino un valor relativo, impulsa a los mismos casados a vivir como si no lo estuvieran (I Cor. 7, 29); la Gracia bautismal hace sobrepasar toda condición contingente: griego y bárbaro, esclavo y libre, hombre y mujer (Gal. 3, 26-28; Rom. 10, 12), estos dualismos de condición terrenal, que tanto influyen en el desarrollo de la vida

(9) Sobre lo que es el "privilegio paulino" ver la nota 15 de la página 105.

humana, deben ser superados en la unidad del espíritu, como agudamente ha escrito el pseudo-Clemente (en II Cor. 12, 2): "habiendo alguien preguntado al mismo Señor cuándo llegaría su Reino, respondió: — Cuando las dos cosas no harán sino una, cuando lo exterior será como lo interior, cuando en el encuentro del hombre con la mujer, no habrá más ni hombre ni mujer".

Pues la Virginidad cristiana es un estado de vida que da testimonio de la plétórica riqueza de la Gracia bautismal, que hace ver su alcance santificador hasta en el cuerpo, demostrando ya el advenimiento de la resurrección de la carne.

Jesús había dicho: — Los que fueren hallados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de entre los muertos, ni toman mujer ni toman marido; pues ni morir ya pueden, como que son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios por ser hijos de la resurrección. (Lc. 20, 35-36). Algunos fieles sacan las últimas consecuencias de su consagración pascual. *Unidos después del Bautismo al Cuerpo de Cristo, no quieren conocer otra unión que la de este cuerpo. Su carne ha sido crucificado y ellos han resucitado*; tratan de vivir más arriba de este mundo, de la vida del Espíritu, como si las leyes de este mundo no tuvieran ya poder sobre ellos. Mientras los fieles casados son los testigos del arraigo en la carne (cfr. I Cor. 7, 2.5.9), los vírgenes proclaman la presencia en la Iglesia del misterio de Pascua". (10).

La Virginidad es la misteriosa imagen de la gloria: qué distinto se muestra el amor del virgen y el amor del corazón carnal; qué diferencia profunda hay entre la sonrisa y la mirada del afecto virginal y la del afecto carnal; cómo difieren el beso en la virginidad y el beso en la carnalidad; ¡es que en la resurrección el corazón, los ojos, la boca y todo el cuerpo son sólo instrumentos de caridad! El corazón del virgen está lleno de la caridad de la resurrección, y se sirve de su cuerpo sólo para expresar el más exquisito amor sobrenatural en un estado de vida perenne que no necesita superar la limitación del tiempo con la fecundidad carnal porque la supera mejor con la eternidad de la resurrección. La Virginidad es una profecía que está construyendo el misterio que anuncia.

CONCLUSION

Cualquiera auténtica reflexión teológica sobre el Matrimonio lleva más allá del Matrimonio. En efecto toda la espiritualidad cristiana se orienta hacia el misterio pascual, que está más allá de las condiciones terrenales de la fecundidad carnal y de la significación sacramental. En la resurrección ya no habrá ni sacramentos ni procreación; allí brillará el triunfo virginal de la Pascua. El Matrimonio mismo, como signo y como instrumento, lleva hacia la Pascua, o sea, lleva más allá del Matrimonio, porque todo símbolo y toda causa instrumental deben sobrepasarse a sí mismos en un objeto y en un efecto más noble. La luminosa imagen escatológica del misterio pascual es la Virginidad cristiana. Ella no es sacramento porque los sacramentos pertenecen a este mundo transeúnte que es un mundo de signos; ella pertenece a la eternidad, es la incoación terrenal de la resurrección gloriosa, es la meta de todos los sacramentos, construida principalmente por la Eucaristía y simboliza-

(10) F. X. Durrwell, "La Résurrection de Jésus, mystère de salut", 1954, p. 324.

da espléndidamente por el Matrimonio. La Virginitad no es soledad, sino la expresión suprema de la amistad con Cristo en el compromiso bautismal; por eso en ella se encierra el más auténtico misterio nupcial, que es simbolizado en el Matrimonio. Podemos, así, decir que *Virginitad y Matrimonio son los dos aspectos de una misma espiritualidad cristiana*: estos dos aspectos son inseparables en la vida de la Iglesia para manifestar la riqueza del misterio nupcial de la salvación. Alguien ha escrito: "los vírgenes y los casados van manifestando el misterio del Matrimonio. El Matrimonio no sería más vivido como misterio si la castidad no anunciara su sentido escatológico, y el misterio no tendría ya una consagración de especies sensibles si el hombre no conociera la mujer" (11).

En Verdad todo el Cristianismo es un gran misterio nupcial, simultáneamente proclamado en la Iglesia por el Matrimonio y por la Virginitad.

NOTA BIBLIOGRAFICA

- Son de muy útil lectura las reflexiones teológicas de:
- F. Bourassa "*La Virginité chrétienne*", Montreal 1952.
 Camelot "*Virgines Christi*", Paris.
 F. X. Durrwell "*La Résurrection de Jésus, mystère de salut*", 1954.
 Ch. V. Heris "*Spiritualité de l'amour*", Paris 1950.
 J. M. Perrin "*La Virginitad*", Madrid 1954.
 E. Rau "*Teología del celibato virginal*", Buenos Aires 1949.
 V. Vizmanos "*Las vírgenes cristianas*", Madrid 1953.
 Revista "*La Vie Spirituelle*":
 — Divo Barsotti, "La Virginité", agosto-sept. 1953.
 — Mgr. Paulot, "La virginité chrétienne", abril 1958.
 Revista "*La Maison Dieu*", N.º 50
 — A. M. Roguet, "Essai de synthèse théologique" (Mariage), 2.º trimestre 1957.
 Revista "*Mensaje*":
 — C. Colombo, "Hacia una espiritualidad de la vida familiar", mayo 1958.

(11) Tresmontant, "Saint Paul et le mystère du Christ", ed. du Seuil, 1957.

INDULGENCIAS PARA LOS CASADOS

Su Santidad Juan XXIII otorgó últimamente, por decreto de la Sagrada Penitenciaría Apostólica, una indulgencia especial para los matrimonios, para así promover el amor y la fidelidad entre ellos.

La indulgencia, que es de 300 días, puede ganarse en el día aniversario de su matrimonio si es que los cónyuges besan el anillo de la esposa e imploran al Altísimo con estas u otras palabras: "Otórganos, Señor, que por tu amor nos amemos mutuamente y vivamos según tu santa Ley".

Se menciona sólo al anillo de la esposa, porque según el rito Romano el anillo del marido no recibe bendición en la ceremonia matrimonial. Podrá haber aclaración después para los que se casan por el rito Toledano, como suele ocurrir en Chile, en que ambos anillos se bendicen.